



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11657

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 21 DE MAYO DE 1901

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## PEORES QUE NOSOTROS

Nuestros lectores no habrán olvidado la campaña de la prensa inglesa contra los procedimientos del general Weyler en la gran Antilla para dominar la rebelión cubana.

Se nos presentaba ante el mundo como gentó sin ley ni conciencia, inhumanas y aun hubo periódico que, extremando la nota, nos llamó asesinos. Y todo eso ocurría porque el general en jefe del ejército enviado por España para hacer entrar en razón á unos facciosos, trataba á éstos con arreglo á las leyes de la guerra y ordenaba una concentración de campesinos para destruir el espionaje de éstos y evitar que facilitaran recursos á los revoltosos.

Si ese procedimiento resultaba hasta cierto punto cruel, no podrá negarse que estaba impuesto por la necesidad; respondía en parte á la ferocidad de los cubanos, que remataban los heridos, asesinaban á los prisioneros, empleaban los proyectiles explosivos y profanaban los cáñaves.

Sin tener en cuenta la conducta de aquellos hombres que después de promover una guerra interior trabajaban asiduamente para provocarnos otra internacional, la prensa inglesa nos censuraba despiadadamente, concitando contra nosotros al mundo entero; y á favor de aquella solapada campaña, que no tenía otro fin que alentar la ingerencia de los norteamericanos en nuestros asuntos, España sufrió la censura de muchos periódicos franceses y alemanes y de otros países, que en aquella ocasión, tal vez sin darse cuenta, actuaron de comparsas.

¿Saben nuestros lectores lo que ocurre ahora? Aquella Inglaterra tan humanitaria, que se extreme-

cia pensando lo que pasaba en Cuba, tala por centenares las granjas de los boers bajo el pretexto de que en ellas pue len albergarse y obtener recursos los que, haciendo uso de un indiscutible derecho, defienden su terruño y su hogar. En cuanto á los boers, los suprime sin contar el número. Cuantos más desaparecen mejor; así se quedará tranquilo el Transvaal y podrá Kit tener tomar posesión del cementerio en que van convirtiéndose las antiguas y microscópicas repúblicas del Africa del Sur.

De ese procedimiento incalificable, que es mucho más bárbaro que el seguido por los españoles en Cuba, no protestan los periódicos ingleses. ¿Qué han de protestar! Al contrario; uno de ellos, «The Times», señala el hecho de que en el Transvaal se tramaba una gran conspiración contra la Gran Bretaña y lo prueba con el aprovisionamiento de armas y municiones hecho por los boers. ¿Como si fuese delito que un pueblo que ha sufrido las acometidas de un Jameson y descubierto la mano impulsora de la rebelión capitaneada por aquél se preparara contra probables ingerencias de un vecino ambicioso, que al fin y al cabo ha venido á justificar la razón de los apresos que denuncia ahora.

Y aun hay otro periódico inglés que habla más claro. En su delirio aboga por acabar con los boers como acabaron los americanos con los pieles rojas. Ese periódico considera preciso que las repúblicas del Africa del Sur queden arrasadas y desiertas para que desaparezca totalmente todo germen de rebelión.

¿Dónde están ahora los sentimientos humanitarios de que alardeaba la prensa de Londres?

Han muerto aplastados por el interés y ya no es censurable la concentración ni el macheteo.

¡Lo que va de ayer á hoy!

## BOCETOS MADRILEÑOS

### Del natural

Perezosamente reclinada en un diván de raso azul y á medias envuelto el peregrino cuerpo con nubes de cuajo y gasa, suelta la espléndida cabellera con todo el desentido de que es susceptible la más experta coqueta; Fanny, como la llamaban familiarmente los jóvenes á la moda de la villa y corte, la elegante entretenida leía con evidentes muestras de disgusto un mugriento y arrugado papel que decía en groseros caracteres y peor ortografía:

«Me hallo en la última miseria; esta noche la he pasado en la calle, porque sin dinero nadie quiso darme albergue; el peor de tus criados es un rey á mi lado. Tú eres rica, tienes coche, los hombres satisfacen á peso de oro tus caprichos y no has querido socorrerme una sola vez. Viejo y pobre he robado á menudo para comer, no tenía otro recurso ante tu abandono. Dirás que nunca me ha gustado trabajar, es cierto, no lo niego, pero tampoco trabajas tú, y derrochas el dinero de muchos. ¿Quién había de adivinar tu buena estrella, cuando de pequeña corrías sucia y desgreñada á mi encuentro pidiéndome pan! Es cuestión de suerte, y no hablemos de ello. Te agradeceré algún socorro y pienso molestarte poco. Tu padre,

Juan.»

—¿Esperan contestación? preguntó la joven á su doncella, mordiendo los labios vivamente mortificada.

—Sí, señorita.

Dirigióse Fanny á un precioso mueblecito de palo de rosa, tiró de uno de sus cajones y sacando un billete de cien pesetas lo metió rápidamente en el sobre que cerró y dándole á la doncella dijo lacónicamente:

—Toma y entrégalo al que espera, esta es mi contestación.

Después volvióse á reclinar en el diván, quedándose pensativa, y al verso sola murmuró á media voz jugando con los cordones de seda de su elegante bata:

—Cierto, desde el lado donde se revuelve la plebe, he llegado á ser lo que soy, á costa de un sin número de bajos, tengo carruajes, diamantes, adoradores y mi nacimiento para todos es un misterio, así

como lo es para mí el porvenir. Mi madre murió cuando yo era muy niña; mi padre es un miserable beodo, de quien no quiero ni acordarme. Yo, como la alondra de los bosques, solo amo la libertad. ¿Qué me importan mis adoradores! no los tengo lástima porque aun valen menos que yo misma, con todo y valer tan poco. Una cortesana no debe tener corazón.

Levantóse de nuevo el tapiz que cubría la puerta del tocador.

—El señor barón, dijo la doncella.

Fanny dirigió una rápida mirada al espejo, arrojó los flotantes rizos de su cabellera y dando á su fisonomía hasta entonces sombría, cándida expresión de contento, fijó su límpida mirada en un joven caballero que penetraba en la estancia con un ramo de camelias en la mano.

—Siempre adorable, aunque algún tanto desdenosa, dijo el recién llegado entregándole las flores y sentándose en una butaca colocada no lejos de la joven.

Esta cogió las flores con aire indiferente, y después de dar un par de vueltas al ramo entre sus lindas manos, las dejó sobre un velador que tenía á su alcance sin desplegar los labios.

—Nada me dice Fanny, está triste?

—Triste no, contrariada sí.

—Porque no te gustan las flores?

—Mucho, pero bien sabes que en vez de ellas esperaba la pulsera que me prometiste, y que ayer vi en casa de Marzo.

Fruncióse el entrecejo del caballero, que se sintió grandemente mortificado con la respuesta, pero dominándose al momento, añadió:

—Tuya será la pulsera, amor mío, pero hoy me ha sido completamente imposible traerla.

La joven hizo un gracioso mohín de indiferencia, levantóse del diván, acercóse al balcón y fijando su mirada en el sereno cielo, como si nada le importara la visita.

—¿Qué día tan espléndido! murmuró. La romería á San Isidro debe estar animadísima.

—No me quieres mirar, tan enojada estás?—preguntó el caballero acercándose á ella.

—¿Qué disparate! nada de esto, precisamente estaba pensando en dar esta tarde una vuelta en coche por la Pradera.

—¡Vaya un capricho mezclarse con el populacho y llenarse de polvo!

Una sonrisa indefinible se dibujó en los labios de la joven, algo conservaba de su

humilde pasado, algo que en determinados momentos le impulsaba con misteriosa fuerza á penetrar en la vida bulliciosa del pueblo, entre cuyas últimas capas naciera.

—También esto te contraria?—exclamó Fanny, está visto que eres tú quien viene de mal humor. Precisamente iba á pedirte que fueras á caballo á la Pradera para encontrarnos allí; pero no te molestes, no faltará quien se coloque al estribo de mi coche. Fernando, te lo aseguro.

Palideció el joven y fijando en la desdenosa belleza una mirada en la que se mezclaban por igual el amor y el odio, contentóse con decir tras breve pausa con frío conicismo:

—Iré.

Y como Fanny, sin hacer caso de su mal talante llamara á la doncella para empezar su tocado, aburrido y colérico abandonó la estancia murmurando:

—¡Pícaro chiquilla! no contenta con arruinarme, se propone comprometerme. ¡Yo á la Pradera! Cómo diablo ha podido ocurrírsele semejante capricho! Pero me enloquece y la acompañaré; por fortuna mi mujer contenta con la llegada de su hermana me ha dicho que no piensa salir esta tarde.

## II

Los postreros rayos del sol, doraban la cúpula de la humilde ermita donde se rinde culto al Santo, patrón de Madrid. El día había sido espléndido, el aire saturado con todos los perfumes de Mayo, soplaban dulcemente entre la alegre turba reunida en la Pradera, y las danzas, los gritos, los juegos y las meriendas organizadas al son de populares orquestas, formaban un conjunto pintoresco y extraño, digno desde luego, por los contrastes que ofrecía, de los pinceles de un artista tan habil como lo fuera Goya, para eternizar en el lienzo, las fiestas que retratau sin omitir detalle, á nuestro pueblo.

Algunos coches circulaban con dificultad entre el gentío y damas elegantemente vestidas, contemplaban sonrientes, el típico conjunto que ofrecía aquella fiesta, aquella romería tan especial y popular, que se renueva todos los años con los mismos caracteres de expansiva alegría. La Pradera, asemejábase á una inmensa colmena, de la que se elevaba confuso rumor, el viento esparcía por los alrededores, no sin alguna melancolía, las notas omitidas por la campana de la ermita que volteaba de continuo, llamando

depositaban uno junto á otro en tierra; la prisa era tal, que los infelices se empujaban, bañándose de sangre de sus vecinos.

Charcos de ella se estancaban en los huecos vacíos; la respiración febril de algunos centenares de hombres, el sudor de los portadores de heridos, desprendían de sí una atmósfera pesada, pestifera, en la que ardían sin brillo las bujías encendidas en diferentes puntos de la sala; sentíase murmullo confuso de gemidos, suspiros, ronquidos, que gritos penetrantes interrumpen.

Algunas hermanas, cuyos tranquilos rostros expresan, no la compasión fútil y lacriminosa de la mujer, sino interés despierto y vivo, se deslizan de acá para allá entre los capotes y las camisas ensangrentadas, pasando á veces sobre los heridos, para llevarles medicamentos, agua, vendajes ó hilos.

Los médicos, con las mangas remangadas, arrodillados ante los heridos, bajo la luz de las teas que sus ayudantes sostienen, examinan y sondan las heridas sin hacer caso de los gritos espantosos y de las súplicas de los pacientes.

Sentado junto á una manta, junto á la puerta, un mayor escribía el número 532.

—Ivan Bogosef, fusilero de la 3.ª compañía del re-

gimiento de C.; fractura femoris complicata—gritaba al otro extremo de la sala uno de los cirujanos, mientras cura una pierna rota.—¡Volvedlo!

—¡Ay! ¡Ay! Padres míos—murmuraba roncamente el soldado, suplicando que lo dejaran tranquilo.

—Perforatio capitis. Simón Neferdof, teniente coronel del regimiento de N. Tengá V. un poco de paciencia, coronel; no hay medio... tendré que dejarle á V. ahí—decía un tercero que sondaba con una especie de corchete en la cabeza del desventurado oficial.

—En nombre del cielo, concluya V. de una vez!

—Perforatio pectoris. Sebastián Sereda, de infantería, ¿qué regimiento? Por lo demás es inútil; no lo inscriba V. moritur. Levárselo—añadió el médico alejándose del moribundo, que con la vista vidriosa y extraviada agonizaba ya.

Unos cuarenta soldados camilleros esperaban su carga á la puerta; de vivos enviados al hospital y de muertos á la capilla. Aguardaban silenciosos, y á veces escapábaseles algún suspiro, mientras contemplaban aquel cuadro

—¿Está V. herido?—le preguntó el Emperador.

—Con permiso de Vuestra Majestad, ¡estoy muerto!—respondió el ayudante, que cayendo del caballo expiró en el sitio.

Aquella anécdota le gustaba. Colocándose con la imaginación en el puesto de aquel ayudante, fustigó á su caballo, adoptó un aire más á la cosaca, alineándose con una mirada con el ordenanza que le seguía al trote apoyado en los estribos. Llegó al punto donde debía desmontar. Allí encontró á cuatro soldados que fumaban sus pipas sentados sobre unas piedras.

—¿Qué hacéis aquí?—les gritó.

—Mire Vuestra Nobleza; hemos transportado un herido y descansábamos un poco—dijo uno de ellos, ocultando su pipa tras de la espalda y quitándose el gorro.

—¡Está bien!... ¡Descansad! ¡Largo, á vuestros puestos!

Y poniéndose á su frente avanzó con ellos por la trinchera, encontrando heridos á cada momento. En lo alto de la meseta giró á la izquierda, y encontróse completamente solo.

Un casco de bomba alibó muy cerca de él, yendo á sepultarse en la trinchera; una granada que se elevó